



# LOS HIJOS DE HEFESTO

Serie Memoria Viva -Oficios-

# MEMORIA VIVA LOS HIJOS DE HEFESTO

## MINISTERIO DE CULTURA

**Ministra de Cultura**  
Mariana Garcés Córdoba

**Viceministra de Cultura**  
Zulia Mena García

**Secretario General**  
Enzo Rafael Ariza Ayala

**Director de Patrimonio**  
Alberto Escovar Wilson-White

**Director de Comunicaciones**  
Argemiro Cortés Buitrago

**Jefe de Redacción Grupo de Divulgación y Prensa**  
Ricardo Moncada Esquivel

**Grupo de Investigación y Documentación**  
Hilda Atenea Camacho Muñoz

**Grupo de Gestión y Ejecución**  
Ricardo Ramírez Hernández

**Asesor Dirección de Patrimonio**  
Gustavo Alfredo Bueno Rojas

**Coordinador Proyecto "Memoria Viva"**  
Julián Alzate Osorio

**Fotografías**  
Alexander Arteaga Criollo  
Laura Ramírez Mendoza  
Pablo Emilio Castillo Martínez

**FUNVIREs**  
Acompañamiento Editorial

**ISBN:** 978-958-753-279-1

Bogotá, D.C., Colombia  
Diciembre 2017

## PRESENTACIÓN

Un oficio puede entenderse como una profesión que se aprende y se ejerce en la práctica. Quienes aprenden un oficio, lo hacen trabajando, incluso, aquellas profesiones técnicas propias de un sector. Los oficios son ocupaciones que privilegian la práctica desde el aprendizaje y conectan a quienes los aprenden muy rápidamente con el mercado laboral. Particularmente, los oficios del patrimonio cultural son aquellas ocupaciones asociadas con la producción de bienes y servicios que mantienen vigente la circulación de saberes y técnicas artesanales e históricas a través de prácticas productivas, relacionadas con el mercado, puesta en escena y recuperación del patrimonio cultural material e inmaterial.

El sociólogo estadounidense Richard Sennett, asegura que “el artesano explora la habilidad, el compromiso y el juicio de una manera particular. Se centra en la estrecha conexión entre la mano y la cabeza. Todo buen artesano mantiene un diálogo entre unas prácticas concretas y el pensamiento; este diálogo evoluciona hasta convertirse en hábitos”. (Sennett, 2009). Así, el artesano tiene una particular forma de ver el mundo, una visión que –se podría creer– empieza en las manos y mientras transforma los materiales, también lo hace con el tiempo. Y cada una de esas visiones del mundo es distinta desde la percepción del artesano; tiene una forma especial de realizar su oficio lo que, indudablemente, lo convierte en parte del patrimonio cultural.

Desde la Dirección de Patrimonio del Ministerio de Cultura se está trabajando en una política pública para el fortalecimiento de los oficios de las artes y del patrimonio cultural en Colombia; una iniciativa que busca cualificar a quienes llevan toda una vida trabajando en el campo de los oficios y se han dedicado, a través del tiempo y la práctica, a perfeccionarlo, creando piezas únicas de orfebrería, talla en madera o se han dedicado al extinto oficio de la linotipia, entre otras actividades.

Una estrategia para vigorizar los oficios de las artes y el patrimonio es presentarlos, exponerlos, mostrarlos... Por ello, junto con la Dirección de Comunicaciones nos dimos a la tarea de crear el proyecto Memoria Viva, que inició como una serie audiovisual haciendo un recorrido por el patrimonio cultural del país, con el fin de divulgarlo. En su segundo año de existencia, nos dedicamos a resaltar la multiplicidad de oficios que hay en Colombia, algunos de ellos, como el Mopa Mopa o Barniz de Pasto, que sobrevive desde La Colonia y ha perdurado de generación en generación. Igualmente, realizamos la exposición itinerante Memoria Viva Oficios, con el fin de mostrar los rostros, las manos y las historias de los protagonistas de la serie y tratar de conectar al público con el trabajo de quienes practican estas actividades.

Producto de estas experiencias, y con el objetivo de continuar divulgando los oficios, entregamos este volumen de crónicas y fotografías. Un recorrido por diversas regiones del país, por las técnicas de los múltiples oficios pero, especialmente, un viaje por la vida de quienes los practican.

Aquí, conoceremos a Armando Rodríguez, quien desde su máquina Lynotype, en la Imprenta Patriótica en Chía, Cundinamarca, nos cuenta cómo entró al oficio de la linotipia; nos detendremos en el taller de trenes en la Estación de La Sabana de Bogotá, para saber por qué, aun después de tanto tiempo, Federico Reinales sigue reparando locomotoras; viajaremos luego a Mompox para conocer la vida y obra de varios exponentes de un oficio: Heberto Ramírez, el último alfarero momposino; Glenys Rocha Pupo, descendiente de herreros que ha dedicado su vida a la tarea de forjar el hierro, y Samuel Ricaurte, creador de una dinastía de joyeros. Y con la misma intención, entraremos al taller de Barniz de Pasto del maestro artesano Gilberto Granja, quien junto a su hijo Óscar, mantiene viva la tradición de la técnica del Mopa Mopa e iremos después hasta Leticia, Amazonas, para conocer a James Marín, el

hombre que talla imágenes sobre el árbol de la vida. Finalmente, el viaje de regreso nos trae de nuevo a Bogotá para conocer los secretos del antiguo oficio de la barbería.

Sin más, este libro es un homenaje no solo para los artesanos que nos acompañan con sus historias de vida sino, además, para todos aquellos que se han dedicado a algún oficio en particular y que pueden contarnos la historia de Colombia desde una óptica diferente.

Nuestra gratitud sincera es para los protagonistas de este proyecto: los artesanos. Porque son eso, verdaderos maestros de un oficio que se resiste a claudicar. A todos aquellos que nos abrieron las puertas de sus talleres y sitios de trabajo para que el equipo de Memoria Viva pudiera ‘empaparse’ de sus relatos, de sus vivencias, de su experiencia, de sus historias de vida... Disfruten de este viaje.

**Alberto Escovar Wilson-White**  
Director de Patrimonio

## PRÓLOGO

Colombia es un país culturalmente rico. Es considerado uno de los pueblos testimoniales de Suramérica, como lo son Ecuador, Bolivia o Perú. Su diversidad cultural es ampliamente reconocida por sus casi noventa pueblos indígenas, una gran comunidad afrodescendiente, una más pequeña como la rom y la campesina, entre otras poblaciones y etnias que sobreviven, muchas de ellas, manteniendo sus propias lenguas y tradiciones, a pesar de la indiferencia del Estado y las adversidades que derivan tanto de la violencia que se desprende del conflicto armado como de la naturaleza que reacciona y reclama ese espacio que ha perdido, casi siempre, por la mala intervención del hombre.

Todos ellos, históricamente, han hecho un valioso aporte en la construcción de la identidad de Colombia y han forjado un panorama cultural tan variado como los mismos grupos étnicos que la componen. Esta gran riqueza se evidencia en la tradición oral, con sus mitos y leyendas; en la comida, con su amplia cocina tradicional; en la música, con sus danzas, ritmos y espléndidas letras; en el vestuario, con sus atuendos y accesorios simbólicos y estéticos; en las formas de celebrar, con hermosos rituales, fiestas y carnavales, y también en los utensilios y herramientas, que van desde ancestrales ollas de barro hasta sofisticados tejares para hacer hamacas.

En virtud de lo anterior, es latente el acercamiento que la Dirección de Comunicaciones del Ministerio de Cultura ha tenido con cada pueblo y cada comunidad, trabajando con jóvenes de distintas regiones del país y coadyuvando al fortalecimiento de procesos y formas de narrar en la comunicación alternativa, principalmente, en radio y televisión.

Gracias a las iniciativas de estos jóvenes y al aprovechamiento que han hecho de los avances tecnológicos, a los que cada vez pueden acceder más fácilmente, han logrado recuperar espacios perdidos que estaban en manos y eran controlados por actores

armados, esto, con actividades culturales a través de sus emisoras, canales de televisión y talleres, entre otras iniciativas. En muchos casos, como en los Montes de María, les han devuelto a sus pobladores la esperanza de vivir y fortalecer sus tradiciones.

Ahora, las nuevas generaciones pueden disfrutar de un legado guardado por los mayores que no sabían cómo transmitirlo. Y es en este contexto, que vislumbra la experiencia en el terreno y luego de explorar algunas posibilidades, que la Dirección de Comunicaciones decide proponer (2016) el proyecto Memoria Viva, al que se suma la Dirección de Patrimonio, en aras de fortalecerlo y orientarlo conceptual y temáticamente. Cabe destacar que esta idea, en un comienzo, se pensó solo como una serie audiovisual para resaltar, reconocer y rescatar expresiones culturales patrimoniales del país, en riesgo de desaparecer por los mismos cambios sociales y económicos.

Fue durante esta experiencia y en la grabación de 30 documentales de 6 minutos de duración, cuando se puso en evidencia la trascendencia de los oficios culturales. Algo que a los ojos de los propios residentes muchas veces pasa desapercibido: pescar, tejer, edificar, cocinar, bailar, hacer máscaras... Una serie de labores propias del diario vivir de muchos pobladores, que se realizan en todo el territorio nacional pero que en cada región tiene sus particularidades y un sello que las distingue.

Y fue así como en 2017, el proyecto se centró en este tema y definió 27 oficios que contribuyen a la formación de nuestra memoria como país y a reconocer en esos trabajos la importancia del obrero que con sus manos ha construido en gran medida la historia, el patrimonio y la identidad de Colombia.

La estructura narrativa de Memoria Viva permite que sean sus propios protagonistas los que cuenten sus tradiciones y formas de vida. Por eso, no tiene un

narrador en off; se trata pues de que cada región, cada actividad, cada oficio pueda contar cómo se vive, cómo se valora y cómo se transmite. Por eso, precisamente, este trabajo se hace con la comunidad; desde la investigación y la búsqueda de los máximos exponentes, como Ovidio Granados, maestro de música vallenata y técnico de acordeones; Julia Castillo, de Guaduas Cundinamarca y su legado en la cerámica; los linotipistas Armando Rodríguez y Jaime Antonio Álvarez con más de treinta años en el oficio o las familias de la laguna de La Cocha, en Nariño, garantizando la seguridad alimentaria en sus reservas naturales.

Para la Dirección de Comunicaciones y la Dirección de Patrimonio, un objetivo planteado era que el mensaje que se lograra en los documentales acerca de la importancia de reconocernos en la diferencia, a partir de nuestras propias formas de vivir en la cotidianidad, también se plasmara en una estética distinta basada en una interpretación desde la contemplación hombre-imagen, tal y como lo hace el arte de la fotografía y muy diferente a la que se establece en los documentales, donde la imagen es en movimiento y el tiempo lo impone la televisión.

En la fotografía prevalece el tiempo que cada lector le quiere dar a la imagen capturada para interpretarla. Si se quiere, es una comunicación íntima donde el mensaje que se desea transmitir busca seducir al lector para que sea él, justamente, quien descubra lo maravilloso que puede ser un oficio y el valor cultural y económico que representa.

Además de los documentales, el proyecto innova aquí con cuarenta fotografías a todo color en un tamaño de gran formato, agrupadas en diez categorías (cuatro por tema), vidrieros en Bogotá, linotipistas en Chía Cundinamarca, construcciones en tierra en Tunja, la forja y la filigrana en Mompox Bolívar, disfraces del Carnaval de Barranquilla, técnicos de acordeones en

Valledupar, máscaras en Amazonas, el barniz de Pasto y la construcción de guitarras en Bucaramanga.

En todas ellas se pueden contemplar, por ejemplo, las manos que juegan con el fuego; las que transcriben letra por letra para ampliar la imaginación a través de la lectura; las que amasan el barro para construir cálidas viviendas; las manos que con delicadeza elaboran adornos, y otras, rudas y fuertes para doblar el hierro en Mompox. O aquellas manos que hacen máscaras para el disfrute alegre de un carnaval o para la intimidad de un ritual en Amazonas. Algunas de estas fotografías hacen parte de la ilustración de este libro. Con esta exposición fotográfica se pretende recuperar espacios de contemplación para sorprendernos de la maravilla del hacer de unas manos, de poder reconocernos como pueblo y tener la opción de construir un imaginario distinto al que ofrece, por ejemplo, un noticiero de televisión.

Para la Dirección de Comunicaciones y la Dirección de Patrimonio es muy importante que los colombianos reconozcan su legado; que además de conocerlo se sientan orgullosos de él. Por eso desde el Ministerio de Cultura se ofrece la serie audiovisual con cerca de sesenta capítulos sobre patrimonio cultural colombiano que circulan por los canales regionales de televisión y que están alojados en el Banco de Contenidos de la página oficial del Ministerio de Cultura para ser vistos en cualquier momento, la exposición fotográfica con cuarenta piezas que ya ha sido admirada en bibliotecas y eventos nacionales, y ahora presentamos este volumen de crónicas sobre algunos de los artesanos que nos cuentan sobre su oficio. Todo, como una manera de crear conciencia acerca del respeto a las tradiciones y de la importancia para la construcción de una memoria cultural rica, diversa, maravillosa y, sobre todo, viva.

**Argemiro Cortés Buitrago**  
Director de Comunicaciones

## EL QUE ESCRIBE CON PLOMO

En la Imprenta Patriótica del Instituto Caro y Cuervo se conserva la máquina de linotipos con la cual la mecanografía se proyectó como la máxima tecnología del momento para imprimir los textos en papel de eruditos como Rufino José Cuervo y Miguel Antonio Caro... Eran libros impecables en su producción editorial, bien hechos, como solo los podía hacer un linotipista, el único indicado para 'escribir en plomo' y para quien la concentración siempre fue una de sus virtudes.



## El que escribe con plomo

### Tiempo circular

El punto de fusión del plomo es 327,5 grados centígrados. A esa temperatura puede convertirse en bala, en recubrimiento para un cable de línea telefónica o en un lingote con letras que sirve de molde para la impresión de un libro.

Ese es el oficio de Armando Rodríguez, escribir en plomo en la máquina linotype construida en Nueva York hace más de 60 años, que aún funciona en la Imprenta Patriótica del Instituto Caro y Cuervo. Armando es la prueba fehaciente de que para algunas personas la vida funciona en forma circular y que en algún punto de este, tal vez antes del final, estamos obligados a volver al principio.

Armando llega, como acostumbra desde hace dos años, a las ocho de la mañana a su puesto de trabajo en la Imprenta Patriótica; se quita el saco, lo cuelga en el perchero, se pone el overol azul y se sienta en la máquina de linotipos; después de encenderla, un bombillo alumbró el papel que está enganchado encima del teclado de letras azules, blancas y negras. Sabe que la concentración es una de las principales virtudes de un linotipista. “Una falla en la transcripción

significa repetir todo el párrafo y a veces la página entera”, dice, sin levantar la mirada de la hoja que tiene al frente, una de las páginas del Tomo VII del *Diccionario de Construcción y Régimen del Castellano*, de Rufino José Cuervo.

Sentado en una silla de madera, diseñada especialmente para la máquina Linotype, teclea una a una las letras del trabajo inconcluso de Cuervo y escucha con atención el sonido que produce el plomo convertido en bloque cuando cae, con las palabras grabadas, sobre la bandeja dispuesta que tiene la máquina para tal fin.

La Imprenta Patriótica fue fundada el 20 de julio de 1960, en un edificio diseñado especialmente por el arquitecto español Alfredo Rodríguez Orgaz. Su único fin era divulgar la obra de Rufino José Cuervo y Miguel Antonio Caro en libros bien hechos, de alta calidad editorial. Pero a ese objetivo se fueron sumando otros libros y, desde entonces, los linotipos del lugar no han dejado de funcionar, como sí pasó con los del resto del mundo, a principios de la década de 1980, y, en Colombia, a mediados de la década de 1990.

Fue en aquel momento que Armando tuvo que levantar la voz, junto con las voces del sindicato de la Imprenta Nacional, en donde trabajaba en ese entonces y desde 15 años atrás, para que sus 16 compañeros linotipistas

y él no fueran despedidos. “El resultado de la protesta fue buena. Después de eso la Imprenta Nacional nos capacitó en diseño gráfico y editorial y pude aprender a manejar los programas actuales. Cuando me jubilé me llamaron otra vez a trabajar aquí como linotipista”, dice con una sonrisa en los labios sentado frente a “la negrita”, como él llama cariñosamente a la Linotype en la que trabaja.

### Una hermosa equivocación

Son las diez de la mañana, hora en que los 25 trabajadores de la Imprenta Patriótica detienen sus labores para tomar café. Armando deja de teclear, apaga la máquina y camina hasta uno de los jardines de la hacienda que perteneció al presidente de Colombia, José María Marroquín, quien sentía un amor especial por los libros.

Para llegar hasta el conjunto de edificios –que incluye la Casa Marroquín–, Armando debe atravesar la ciudad de sur a norte. El linotipista vive en el municipio de Soacha y la imprenta está ubicada en Yerbabuena, vereda de Chía, Cundinamarca.

El más allá está lleno de ocio así que no es extraño sentir el espíritu de Rufino José Cuervo recorriendo la hacienda para revisar los acabados de la impresión de su Diccionario o el del presidente Marroquín

apoltronado en una silla de su biblioteca. No es extraño tampoco que los 25 operarios que se dividen entre correctores de estilo, impresores, dobladores, encuadernadoras, cosedoras y linotipistas, oficios que ya casi no se ven en el mundo editorial, paseen por la hacienda a la hora del tinto.

Armando, con un vaso de café tan negro como la tinta, se sienta en una banca debajo de un árbol. Le da un sorbo al café y recuerda el momento exacto en que se convirtió en linotipista.

*–Este oficio lo aprendí accidentalmente. Cuando llegué al SENA (Servicio Nacional de Aprendizaje), pensé que iba a estudiar mecánica de carros porque en la cartelera había algo que se llamaba composición mecánica.*

Claramente, la cosa no iba para allá. La Hacienda Yerbabuena es un oasis. Mientras Armando recuerda cómo se inició en el oficio, al fondo se escuchan el canto de los pájaros y la gente trabaja como si el tiempo no transcurriera. Hoy, la Imprenta Patriótica produce tirajes pequeños y pocos libros; en 2016 imprimieron seis, 200 ejemplares de cada uno, entre los que se cuenta una investigación sobre la obra del arquitecto Alfredo Rodríguez Orgaz. Pero en los tiempos en que funcionaba a toda marcha, la demanda era grande y las bodegas y las manos para trabajar no daban





abasto. Armando da un segundo sorbo al café y se ve de nuevo contestando el examen de admisión al SENA.

*—Nos presentamos 35 personas, aunque apenas admitían a 10 porque solo había 4 linotipos para las clases... Yo obtuve el mejor puntaje.*

A Armando no le pareció extraño que le enseñaran el uso correcto del español con tanto énfasis ni que le dieran clases de ética. Tampoco, que en ningún momento se hablara de motores ni de carros; pensó que todo tenía que ver con la formación integral que el SENA da a los estudiantes y que un mecánico debía hablar y escribir tan bien como lo haría con el desempeño de su oficio. Así que los primeros meses en el instituto transcurrieron con una normalidad habitual, hasta el día en que le dijeron que debía llevar overol, porque iba a conocer los talleres.

*—Cuando entro al taller, veo esas máquinas como elefantes que son los linotipos. Yo dije, si no he aprendido a escribir a máquina, mucho menos voy a aprender a escribir en esta que es tan difícil. Sin embargo, era tanto el interés mío por hacer algo en la vida que me dediqué de lleno al asunto y duré del 71 al 93, 22 años, trabajando de linotipista.*

Aunque ha pasado mucho tiempo desde el día en que

se paró por primera vez frente a una Linotype, en su memoria sigue vivo aquel instante. Armando limpia sus anteojos, tal vez empañados por el humo del café o como forma de disimular que se le aguaron los ojos. Toma un respiro y vuelve a ponerse los lentes. Es posible que por su cabeza pasen aquellos años en los que, en el SENA, usando un prototipo de madera, tuvo que aprenderse de memoria aquel teclado dividido en tres partes y que nada tiene que ver con el que se usa para los computadores contemporáneos.

El hombre levanta sus pensamientos, que a veces parecen de plomo, e imprime los recuerdos en letras de molde para evocar aquellos tiempos en los que trabajó en la Editorial Panamericana, donde tuvo que transcribir una y otra vez obras como *María*, *Cien años de Soledad*, *La Ilíada*, *La Odisea* o *Los Diálogos de Platón*. Al tiempo, vuelven a él las palabras de su hermana, que trabajaba en la Editorial Legis, diciéndole que los linotipistas eran más importantes que el gerente.

Armando cierra los ojos y respira hondo como si su memoria necesitara un corrector de estilo para poner en orden los pensamientos y ve con la claridad de la palabra impresa, su paso por el periódico *El Siglo* en donde una de sus tareas era levantar diariamente el editorial escrito por su director, Álvaro Gómez Hurtado. *—Creo que es uno de los mejores escritores que he visto*

*y de los mejores intelectuales que existió. Él redactaba unas tres cuartillas, en su máquina de escribir Remington y no repisaba ni una coma. También le gustaba que yo le levantara el editorial porque no le sacaba ningún error.*

El linotipista sonríe y trata de recordar el momento preciso en que junto con sus compañeros de *El Siglo*, detuvieron el tiraje para negociar un aumento de salario. Armando ha sido siempre un excelente sindicalista. Se ve hablando con Álvaro Gómez en la sala de impresión del periódico ganando aquella batalla.

*—El doctor Gómez Hurtado era un señor muy justo. Le pareció que nuestra petición también lo era y no le vio problema al aumento que estábamos pidiendo.*

Son las diez y diez de la mañana, y sin que nadie lo ordene, los trabajadores de la Imprenta Patriótica vuelven a sus lugares de trabajo. Armando termina el café de un sorbo y se levanta de la silla, respira hondo nuevamente y con el mismo paso que usaba en los tiempos en que la imprenta trabajaba a toda marcha, atraviesa el jardín. Cuando llega a su puesto de trabajo dice:

*—Fue una equivocación muy hermosa, convertirme en linotipista, porque cuando yo vi esa vaina no sabía de*

*qué se trataba. No pensé que iba a terminar viviendo de esto ni que iba a darme para sacar adelante a mi familia.*

### Un lujo

El linotipo fue inventado por el relojero alemán Ottmar Mergenthaler en 1886 para optimizar el proceso de composición de un texto para ser impreso; una forma de modernizar la imprenta que en 1446 había inventado el también alemán Johannes Gutenberg. Esta última imprenta por tipos, es decir, letra por letra, y la modernización de Mergenthaler consistió en que se podría imprimir línea por línea, solo usando un teclado, con una serie de correas y matrices que servirían de molde para fundir cada tipo.

César Augusto Buitrago Quiñones, director de procesos editoriales de la Imprenta Patriótica, asegura que este lugar "es un paraíso del origen de la fuente de las artes gráficas; aquí encontramos y podemos ver el proceso que a mediados del siglo XV Gutenberg utilizó para masificar el conocimiento; en ese momento, era el proyecto de La Biblia en alemán, porque antes no se podía conocer sino en latín".

La invención del linotipo trajo la creación del oficio del linotipista que, según César Buitrago, "se convierte en la memoria histórica de las artes gráficas. Sin ellos

no hubiera existido la posibilidad a gran escala de leer obras como las de García Márquez en Colombia, porque las primeras ediciones se hicieron con este procedimiento”.

Una característica más del linotipista, y que tal vez se aprende con el paso del tiempo, es que ellos no transcriben lo que dice el autor. Al igual que los escritores, están en la obligación de transmitir lo que el texto quiere decir; los linotipistas fueron los amanuenses de una época más cercana a la nuestra. “Es un lujo tener esto funcionando”, dice Carmen Millán, directora del Instituto Caro y Cuervo. “Nosotros hacemos libros únicos, que no se deshojan al abrirllos, que duran mucho tiempo, son libros que además del autor, antes de salir al mercado, pasan por muchas manos”.

#### Al final del día

Armando teclea con una velocidad notable las páginas del Diccionario de Rufino José Cuervo, después de que acomoda los lingotes en dos columnas, sobre una bandeja metálica que deposita en una mesa.

*–Esas son las páginas del libro y en este punto se llaman galeras–, dice Armando.*

Luego viene alguien del punto de impresión y pasa esas letras fundidas en metal al papel para que las revisen los correctores de estilo; luego de las correcciones, las galeras son devueltas y los linotipistas deben transcribir las correcciones. Después de este proceso pasan ya a la impresión final y, posteriormente, al equipo de armado que está compuesto por los dobladores, las cosedoras y las encuadernadoras.

*–Es difícil transcribir a Don Rufino, pero lo importante es que aprendemos cada día, porque todo el tiempo nos la pasamos leyendo –dice Armando, cuando termina de teclear– hubo una época en que podía pasar sin dormir, ya fuera porque había mucho trabajo o porque el libro me gustaba mucho y quería terminar de leerlo”.*

Aunque no quedan muchos linotipistas en Colombia, “si somos diez, somos muchos”, dice Armando, cuando no hay mucho trabajo, le enseña a uno de sus compañeros el oficio del linotipo. El hombre se llama Jorge Eliécer Jiménez, tiene unos 30 años y es auxiliar de armada.

*–Me interesó mucho aprender porque esto hace parte de nuestra historia. No siempre uno se encuentra con buenos maestros y don Armando tiene la paciencia para enseñar. Además, si yo aprendo, el oficio se va a conservar.*

La jornada en la Imprenta Patriótica termina a las cinco en punto. Armando cuelga el overol, va al baño y se lava las manos.

*–A mí nunca me ha pasado nada por el contacto con el plomo, debo ser de acero– dice.*

Afuera, en los parqueaderos están los buses que los devolverán a Bogotá. Armando aún no puede creer que tenga la fortuna de estar sentado frente a una Linotype.

**Pasar la mano por las páginas de un libro impreso con esta técnica es un verdadero placer; sentir el relieve que se hace en las hojas es una experiencia especial; las letras son como depresiones y uno las descende una y otra vez, sus tapas en cuero hacen que estos libros de otros tiempos perduren casi hasta la eternidad.**

En la Imprenta Patriótica, Armando ha vuelto al origen.

*–Para mí fue un placer volver, aunque al principio me costó trabajo acostumbrarme, después de 22 años sin hacerlo. Pero a los dos días ya le tenía el tiro, eso es como montar en bicicleta, nunca se olvida.*



## UN MUNDO QUE EXISTIÓ

Ferrocarriles Nacionales de Colombia y Estación de La Sabana: dos lugares, dos ambientes, dos historias... Un solo recuerdo de lo que fue el convulsionado movimiento de carga, mercancías y pasajeros en un sistema de transporte que se niega a desaparecer, gracias al amor incondicional de un 'mecánico de trenes', por las locomotoras que permanecen estacionadas, como un paisaje metálico, tal vez esperando que alguien llegue a rescatarlas.



## Un mundo que existió

El silencio azota como un látigo los rieles oxidados, puestos allí hace tanto tiempo y apenas se pueden distinguir entre el pasto, que ha crecido más de la cuenta. Y sobre los rieles, nada más al levantar la mirada, se pueden ver tres viejas locomotoras herrumbrosas, que empiezan a ser cubiertas por la maleza, como si fueran efigies de un mausoleo familiar que ya nadie visita porque, simplemente, el tiempo va borrando la memoria y con ella a los muertos y las cosas que dejan de funcionar.

Es temprano y un caballo blanco –como fantasma– se pasea entre los viejos vagones en los que aún puede distinguirse el logo de los Ferrocarriles Nacionales de Colombia, buscando un buen sitio para pastar.

Son las nueve de la mañana y en la Estación de la Sabana no hay ni sombra de todo aquel barullo que se producía en los años veinte y hasta la década de 1950, a esta misma hora, con el arribo y la partida de los trenes de carga y pasajeros que llegaban a la capital desde diferentes lugares del país.

No se ve el movimiento de mercancía ni a los funcionarios atareados gritando la hora y el lugar de la partida y arribo de los trenes, como afanándolos para

que llegaran a tiempo a su lugar de destino. Ni a los hombres con saco de leva y sombrilla, acompañados de sus damas para partir hacia la costa o hasta la Estación de Honda en el Tolima, que era un buen lugar para hacer negocios. Ahora solo hay un vaho de hierro quemado que se apodera, sigiloso, del ambiente.

Esta estación fue la más importante del sistema férreo. Aquí llegaban la mayoría de líneas: la del Pacífico, la del Sur, la de Antioquia y la del Caribe; además de ser el mayor centro de abastecimiento y acopio de mercancías de la ciudad.

El ferrocarril inevitablemente evoca una memoria atravesada por la nostalgia de lo que fue y pudo haber sido el país. Su construcción se convirtió en la escuela de ingeniería más grande que ha existido en Colombia. Vinieron expertos ingenieros de Europa y América del Norte, contratados por el Gobierno Central para pensar en cómo desafiar la geografía de un país atravesado por tres cordilleras y llevar las líneas férreas a los lugares más inhóspitos del territorio nacional. La línea que comunicaba a Cali con Buenaventura, por ejemplo, se demoró 60 años en su construcción.

El ambiente sabe a hierro; es como si al tomar agua uno sintiera el aluminico sabor del metal en la boca. Caminar entre los vagones, que funcionaron en la década de los cincuenta, es un desafío a la salud.

Cortarse con una lata, podría ser el camino seguro y rápido a una gangrena.

En uno de los costados del inmenso potrero, que alguna vez tuvo la función ser el parqueadero de los trenes de carga, se ve una casa al estilo de las del sur de Estados Unidos, en la época en que los negros luchaban por su libertad. Allí vivió el ingeniero inglés William Lidstone, quien fue el encargado de diseñar y construir la Estación de la Sabana entre 1913 y 1917. Se alza, también, una inmensa carpa blanca de circo, en donde funciona la Escuela Nacional de Circo y donde niños y jóvenes aprenden el secreto de las artes circenses. En la casa, están las oficinas del Circo.

En la vieja estación funciona, igualmente, la Policía de Tránsito y la Fundación Escuela Taller, un lugar para que los jóvenes de estratos 1, 2, y 3 aprendan artes y oficios como la carpintería, la albañilería y la cocina. El viento frío que viene de los Cerros Orientales cubre el potrero por completo y mueve la bandera de Colombia, que se alza a la entrada de la carpa y de repente, un ruido de máquinas, que viene de lejos, y que quizá es remolcado por la brisa hasta la locomotora 48, rompe el silencio monótono.

El sonido viene de los talleres que aún funcionan y mantienen viva la ilusión del tren. Entonces, siento como si una mano me diera golpecitos en la espalda

y me llevara a El Guardagujas, el cuento de Arreola, en el que un viajero espera impacientemente un tren que de pronto no llegará y, sorprendido, escucha las explicaciones del guardagujas, que nunca ha viajado en él, pero conoce todo el sistema ferroviario que está a medio construir y funciona casi por capricho. Desde el fondo del taller, un galpón de unos doce metros de alto, o de quién sabe dónde, aparece un hombre de edad indescriptible, de aspecto ferrocarrilero, con una sonrisa imborrable en el rostro, con una bata de trabajo color azul, manchada levemente por la grasa y me extiende la mano.

–Mucho gusto, Federico Reinales. ¿En qué puedo servirle?

En el taller trabajan 35 hombres de todas las edades, que parecen venir de otro tiempo. Dos locomotoras marca Baldwin, iguales a la 48, que fueron construidas en 1947, están montadas sobre unos gatos mecánicos inmensos, listas para ser reparadas. En el taller de la Estación de la Sabana todo sigue funcionando como si nada hubiera pasado. Partes de trenes están regadas por todo el lugar; unos tornos inmensos, en donde se construyen las piezas de las locomotoras, los rieles y los vagones, aún funcionan como lo hicieron a mediados del siglo pasado.

–Toda esa maquinaria que usted ve aquí, la rescatamos





hace varios años. Estaban en la Estación de Flandes; las iban a vender por chatarra y la trajimos casi que a lomo de mula. La restauramos y la pusimos a funcionar—, dice Federico Reinales, mientras camina entre las locomotoras Baldwin, supervisando el trabajo. Se hinca para mirar que todo esté bien debajo de una de las máquinas, la acaricia como si fuera un inmenso perro negro. Ellas parecen devolverle ese cariño, pues después de tanto tiempo funcionan, cada domingo, transportando pasajeros por La Sabana de Bogotá.

—Para mucha gente es un milagro que estas locomotoras funcionen, de hecho, hay gente que jamás se ha subido en una. Para mí, en cambio, es normal, llevo 56 años haciéndolas caminar— dice Reinales, como si estuviera hablando de lo cotidiano que es la lluvia en invierno.

Su padre, que también era ferrocarrilero, lo vinculó a la empresa desde los 17 años y, hasta el día de hoy, ha vivido en medio de vagones, rieles y locomotoras. Su conocimiento lo ha llevado a reparar estas máquinas a Perú, El Salvador, Ecuador y Estados Unidos.

—Ferrocarriles fue la más grande y mejor universidad que ha existido en Colombia para los artesanos como yo. Si usted quería aprender matemáticas, lo mandaban a aprender, pero si usted quería aprender sobre frenos, tracción, en cambio, también le enseñaban—, dice con una alegría desusada, como si su mente viajara de

nuevo a esos años, en que en los talleres de Flandes, Tolima, lo apodaban Perico y lo veían como a un muchacho inquieto, dispuesto a trabajar en cualquier tarea.

Federico camina con una energía inusitada para un hombre que debe tener más de 70 años. Nació en Girardot y su primera labor en los talleres del ferrocarril, en Flandes, fue la de lavador de tuercas.

—Lo que pasa es que yo era pilo y a pesar de que en esa época la gente era mezquina con el conocimiento, aprendí viendo lo poquito que podía ver y con los cursos que nos daban en la empresa, con eso tuve. Yo sé reparar las máquinas y también sé manejarlas.

Se mueve entre las locomotoras con más agilidad y menos paciencia que el caballo blanco. Mientras camina, habla de válvulas, tracción, dice números de locomotoras y recuerda que la 114 era un espectáculo subiendo a La Mesa, Cundinamarca.

—Parecía un gusanito y sonaba maravilloso. Era una Skoda—, es como si por cada día que Federico pasara en los talleres, la vida lo premiara con un día más. Sigue viviendo en la época dorada, como si pasara por alto que en julio de 1992, la empresa hubiera terminado el proceso de liquidación, que se inició por orden del gobierno de Virgilio Barco.

El ferrocarril en Colombia empezó en Panamá, en el año 1848 y pretendía asegurar la comunicación entre el Océano Atlántico y el Pacífico. Al igual que en Macondo, en Colombia, el inocente tren amarillo trajo tantas incertidumbres, evidencias, halagos, desventuras y tantos cambios y calamidades.

El contrato firmado con una empresa norteamericana para su construcción, tenía una cláusula que decía que por si algún motivo la obra se detenía, la empresa estaba en la obligación de restituir el dinero invertido en la obra y esto, para los norteamericanos, que en todo ven una posibilidad de invasión permanentemente, era la excusa para tomarse a Panamá. De alguna manera, la construcción del primer ferrocarril interoceánico selló el destino de ese país.

—Yo le debo todo al ferrocarril, al igual que el país le debe todo al ferrocarril. Por ahí empezó el desarrollo—, dice Federico, como una sentencia. Quizá tenga razón. Siempre que pensamos en el desarrollo histórico de Colombia lo hacemos desde la violencia y no desde otra perspectiva, que quizá pueda estar ligada al desarrollo económico o comercial; y aunque es innegable que los cañonazos y los muertos han marcado el devenir histórico del país, no podemos olvidarnos de esa empresa que causó gran revuelo y que se abrió paso a pico y pala, en la que transportaban los rieles a lomo de mula para conectar una línea con otra. Tal

vez debe ser porque la violencia sigue latente, los cañonazos no han cesado y el ferrocarril hace mucho dejó de funcionar.

El segundo esfuerzo grande que hizo Colombia para la construcción de los ferrocarriles, coincide con la constitución de 1893, que crea los Estados Unidos de Colombia y, a partir de ese momento, se constituyen nueve estados federados y cada uno de esos estados hace un esfuerzo propio para asegurar la comunicación de su capital, con el río Magdalena o con el mar.

Eso fue fatal para la construcción de las líneas férreas, pues no todos los estados contrataron con la misma firma. Unos lo hicieron con los estadounidenses que trabajan con el metro como estándar de vía y otros con los ingleses que usaban la yarda, que son 91 cm, y que es lo que tiene actualmente el ferrocarril. Esta decisión, a futuro, causaría muchas dificultades porque los trenes no podían correr sobre las mismas líneas, no podían interconectarse; además, las empresas que los construían no trabajaban sobre estas medidas. Es decir, que de alguna manera, el ferrocarril nació oxidado. Luego se construyeron carreteras y las empresas encargadas de producir combustible, invirtieron más en las vías para los camiones para transportar carga y en los autobuses para transportar pasajeros, que en las vías férreas y esto fue una de las causas para que el tren dejara de funcionar definitivamente.

Jorge Luis Borges dice que la literatura es un sueño dirigido pero ¿qué sucede cuándo ese sueño puede hacerse tangible? Federico Reinales parece haber saltado del cuento de Arreola. Habla de la tracción, de frenos y no parece notar el olor envejecido que tienen las máquinas por culpa del paso del tiempo y del olvido; pero en ese mundo, en donde todo parece estar muerto, él y sus hombres, parecen darle vida a algo que posiblemente ya no tiene remedio. Reinales es paciente y divertido, tiene la sabiduría de aquellos que lo han visto todo, pero que se sorprenden con la misma emoción, del que ve todo por primera vez. Aún siente que su corazón enloquece, al igual que el primer día, cuando ve que una locomotora está lista para rodar.

*–No le puedo decir cuántas he traído de nuevo a la vida, pero sí le digo que la primera fue una Kingston Meyer–, dice como si quisiera aclarar que su oficio es tan normal en este siglo, como el de los ingenieros de sistemas.*

En El Guardagujas, el viajero se extraña con cada explicación inaudita que aquel fantasmal personaje le proporciona sobre el funcionamiento del ferrocarril: hay líneas no terminadas, estaciones que son pura escenografía, puestas a mitad del camino para que los pasajeros no se cansen en el viaje: “Hay que tener cuidado con ellas, el tren puede detenerse y usted bajarse en una estación falsa”, advierte el Guardagujas al viajero y también le aconseja que se suba en el primer tren que se detenga en la estación, porque posiblemente no pase otro.

Y el viajero, lentamente, se deja convencer por esa locura hasta que, de repente, aparece el sonido y la luz del tren y el viajero cree que ha contado con suerte... Entre tanto, el guardagujas se pierde en la bruma de la noche.

Mientras pienso en Arreola y su cuento, trato de seguirle los pasos a Reinales, quien se mueve ágil en su taller y por momentos se me escapa de la vista. Es como si atravesara las paredes o se hiciera invisible. Mientras camina, sigue hablando de marcas de locomotoras, de ensambles, de tracciones con arena y de otros términos que no logro entender pero a él no parece importarle. Lentamente, siento que me va convenciendo de que su mundo existe y que él es el hombre que más sabe de locomotoras a vapor en el mundo.

Reinales es de otro siglo, vivió la época dorada de Los Ferrocarriles Nacionales de Colombia y, por supuesto, su decadencia.

Cuando lo pierdo de vista no lo escucho, pero él no se inmuta por eso. Finalmente detiene los pasos junto a una locomotora marcada con el número 8, la más antigua que existe en Colombia, es marca Baldwin y fue construida en 1928.

*–Por esta máquina es que sigo trabajando aquí en el tren de La Sabana. Esta fue una de las primeras que resucité. Estaba así como las que están afuera: oxidada y llena de matas. Vino un gringo y se enamoró de ella. Me buscaron y les dije: si me dan la plata, la pongo a punto. Cada que viene el gringo nos vamos de paseo con él, en la 8, por La Sabana.*

**Si en los cementerios existiera, además de un taller para reparar las almas muertas, uno para reparar cadáveres, el taller que dirige Federico Reinales encajaría en un símil perfecto.**

Miro de nuevo a mí alrededor y veo a Reinales con su sonrisa permanente. Veo pasar a los hombres del taller con herramientas en las manos, una caldera encendida, lista para fundir el hierro. Huelo el ambiente tatuado por el hollín, veo que un vagón se mueve y que encima hay unos hombres que sueldan algo en el techo. Estoy en un mundo que existió y una sensación extraña parecida a la felicidad, me invade.

Pero los caminos de la memoria son insondables y, de repente, siento una angustiosa necesidad de volver al presente y pienso en ese enorme elefante rojo que atraviesa a gran velocidad las autopistas bogotanas, que se ha convertido en el símbolo del desarrollo de una ciudad que no termina de construirse y que seguramente nadie extrañará cuando desaparezca. ¿Por qué no puedo quedarme en el tiempo de Reinales y de sus hombres?

Al salir del taller, me encuentro al caballo blanco, que sigue pastando cerca de las locomotoras abandonadas. La bandera de Colombia se ondea incansable a la entrada de la carpa del circo y el silencio vuelve a adueñarse de ese paisaje metálico. Atravieso de nuevo el potrero y dejo atrás las máquinas parqueadas eternamente allí, –o mientras Federico tiene la oportunidad de resucitarlas–.

**–Todos pueden volver a la vida–, fue lo último que me dijo el mecánico de trenes, antes de desvanecerse en el fondo de su taller.**





## EL ÚLTIMO ALFARERO

Mompox es también cuna de alfareros... Manos prodigiosas expertas en transformar el barro en formas y figuras tan infinitas como la creatividad lo permita. Porque para el alfarero que se ha formado por tradición y por convicción no existen límites y por eso, precisamente, esta labor artesanal maravillosa se resiste a desaparecer en este lugar. Solo así el barro hecho figura podrá abrirse camino para darse a conocer en generaciones por venir... ¡Ese es el reto!

## El último alfarero

Heberto Ramírez parece un gigante. Camina encorvado, tiene brazos largos y sus movimientos son lentos pero ágiles. Le queda poco cabello, tiene entradas pronunciadas y un bigote espeso partido a la mitad. Su mirada no se fija en ningún punto, como si tuviera la necesidad de abarcarlo todo con los ojos: el futuro, el presente y especialmente el pasado, que es quizá el tiempo en donde más le gusta vivir, cuando su padrastro, Ismael Toro Nodal, le enseñó el antiguo arte de la alfarería.

La casa no podría ser de otra manera, está construida en tierra y fue edificada por su padrastro, un viejo alfarero que nació y murió en Mompox, Bolívar, y se hizo célebre, como muchos otros artesanos de la región, por la habilidad que tenían de convertir el barro en formas, como lo hizo Dios en el Génesis.

Heberto aprendió mirando. Cuando era niño, se pasaba las horas viendo cómo desde la tierra y de las manos de su padrastro, que en realidad fue su padre, nacían leones, elefantes, flores, palmeras, vasijas, hombres, mujeres, jarrones. Para Heberto era un espectáculo ver cómo los mundos que Ismael tenía en la cabeza, tomaban forma desde el barro.

En la parte trasera de la casa hay un patio inmenso, una selva tropical. Quizá sea lo único, que esa vivienda, construida hace más de cien años, tiene de las casas típicas momposinas que describe García Márquez en el General y su laberinto, "con huerto luminoso de árboles frutales de corredores con arcadas, de aposentos contiguos a la sala grande preservados por las gruesas paredes de calicanto que los mantenían en una penumbra otoñal".

Pero más allá de eso, la casa de Heberto tiene otros tesoros que han sobrevivido al paso del tiempo, como suele ocurrir en Mompox, un lugar que conserva el aire de la época de La Colonia y que parece negarse al transcurrir de las horas, de las décadas, como los moldes de figuras que eran de su abuelo, Ismael Toro Villadiego.

El alfarero mira al patio, en donde tiene dos hornos de ladrillo que sirven para cocinar las piezas de barro que realiza. Sonríe porque sabe que vuelven los recuerdos de la niñez, cuando veía a Ismael trabajar.

*–Yo tenía 13 años cuando aprendí. Me sentaba en la punta del palo ese a mirar, luego me ponía trabajar–, dice Heberto, y señala un árbol grande que está al costado del patio.*

El hijo de Ismael sale un momento de sus cavilaciones

y decide que va a realizar una muestra de su trabajo. En Mompox, la alfarería fue una de las labores más apreciadas y mejor pagadas en La Colonia. Traída por los españoles y aprendida por los habitantes de Santa Cruz de Mompox, con una facilidad extraordinaria. Una de las piezas tradicionales de la alfarería de la región eran las columnas, un tipo de jarrón gigante, de un metro de alto, que se adornaba con figuras y colores. Este oficio, además de otras actividades económicas como el contrabando, hizo que la ciudad, que fue uno de los puertos más importantes sobre el río Magdalena hasta finales del siglo XIX, cuando empezó la navegación a vapor en Colombia, se hiciera famoso. Por Mompox pasó todo lo bueno y lo malo de La Colonia.

*–Hoy en día ya nadie trabaja esto– dice Heberto, con ese tono de voz que tienen los costeños del Caribe colombiano, como si estuvieran cantando todo el tiempo, que ineluctablemente recuerdan las entrañables melodías de los juglares vallenatos que entonaban el grito vagabundo a orillas del Magdalena.*

Heberto se dirige a uno de los cuartos que construyó con los ladrillos que fundió él mismo, y que hacen parte del lado moderno de su casa. Allí guarda una moto que ya no funciona.

*–La compré para ver si conseguía mujer–.*

Vuelve al lugar en donde tiene instalado su taller, ubicado entre la parte delantera y el patio. Trae en las manos una bolsa de plástico, en donde conserva el barro. Allí se encuentra el antiquísimo torno en el que su abuelo le enseñó al padre de Heberto y en el que ahora él trabaja.

*–Está hecho en Tolú, una madera muy buena que se conseguía por acá y que ya casi no se ve–, dice Heberto,– este torno lo compró mi abuelo en 1901, cuando tenía 16 años.*

El alfarero pone sobre la mesa la bolsa y saca un puñado de barro, que deposita sobre la parte redonda del torno. Lo amasa con fuerza, se acomoda y con los pies empieza a mover la circunferencia más ancha que está en la parte inferior y que según Heberto tiene el ancho del Tolú: unos dos metros de diámetro.

Las manos de Heberto son grandes, de dedos alargados y anchos, aunque parecen rústicas, son suaves y cuando está trabajando, se confunden con la tierra y van tomando el color gris o café del barro mojado; se mezclan con la figura que está naciendo del barro, como dice el Génesis que nació Adán en el principio del tiempo.

**El barro va dejando de ser una masa sin forma y se va convirtiendo en un jarrón. Heberto no deja de**



**mirarlo fijamente como si en ese instante no existiera nada más en el mundo sino ese puñado de barro y sus manos que le están dando forma.**

No pasa mucho tiempo para que esa masa informe de barro sea un jarrón. Pero el proceso para que la pieza esté lista, es largo. Después de moldearla, Heberto debe ponerla a secar un par de días, luego ponerla en el horno toda una noche y después empezar a darle color. Los alfareros tiene el don de convertir, además del barro en objetos, las cosas en color, por ejemplo, explica Heberto, del plomo de atarraya crea el amarillo.

*–La inspiración viene de adentro, uno se imagina las cosas y las va plasmado, pero si el cliente quiere un león, un sapo, un pájaro, pues con mucho gusto se lo hacemos, como dice Diomedes–, apunta Heberto, mientras se quita el barro de las manos.*

En Mompox todo está instalado en un tiempo que ya fue. El centro histórico se conserva casi igual como lo dejó el paso de los tiempos coloniales, y aún no dista mucho del aquel pueblo al que llegó Bolívar, en la historia que García Márquez escribió: “Santa Cruz de Mompox había sido durante La Colonia el puente del comercio entre la costa Caribe y el interior del país, y este había sido el origen de su opulencia. Cuando empezó el ventarrón de la libertad, aquel reducto de la aristocracia criolla fue el primero en proclamarla. Habiendo sido reconquistado por España, fue liberado de nuevo por el general en persona. Eran solo tres calles paralelas al río, anchas, rectas, polvorientas, con casas de un solo piso de grandes ventanas, en las cuales prosperaron dos condes y tres marqueses. El prestigio de su orfebrería fina sobrevivió a los cambios de La República”.

Lo único que ha cambiado, es el oficio de los bogas –los negros libres, que transportaban a la gente por el río y cuando les daba la gana dejar de remar y orillarse para descansar un poco, lo hacían sin reparos–, que ya desapareció y se transformó en las empresas de transporte pequeñas, de motor, que prestan el servicio de navegación por el río y la tradición de la alfarería.

Heberto Ramírez es el último de su estirpe, el único que en Mompox tiene el conocimiento y la técnica de los antiguos alfareros que sobrevivió a los cambios de La República. No tuvo hijos y esa tradición parece

terminar allí. Estuvo un tiempo de maestro en la Escuela de Taller de Mompox, pero ese trabajo no duró mucho.

*“Aquí no hay quien aprenda; para eso se necesita paciencia y, al parecer, a la gente no le interesa esto”, asegura con vehemencia.*

Heberto lleva mucho tiempo sin trabajar “en forma”, como él dice. Sus obras están a la entrada del Cementerio de Mompox, el lugar en donde se confina la vida con la eternidad, en la casa de la cultura y en la de un vecino, que conserva una de las columnas como un tesoro. También hay piezas suyas en algunas plazas de Cartagena. Ahora solo hace unos pequeños platos, que vende en el mercado de la ciudad, a un precio módico.

Heberto se baja del torno que compró su abuelo a los 16 años y en el que aprendió su papá y después él, el arte de la alfarería, que tan famoso fue en Mompox en época de La Colonia. Camina hacia la parte delantera de la casa, la que aún está construida en barro, mira la foto en blanco y negro con marco de madera, colgada en el quicio de la puerta de una de las dos habitaciones.

*–Esta foto también es viejísima, tiene 80 años, ella es Ana Felicia Nodal, mi abuela.*

Continúa caminando y mira al techo de la vieja construcción. –Esta viga es de olivo y está allí, desde que mi papá hizo la casa, mírela como está de buena, esto tampoco se ve– .

Al medio día, los rayos del sol en Mompox son como un sable que atraviesa el cuerpo. No hay sombra que lo resguarde a uno de la fuerza, que a esa hora tiene el astro mayor en la tierra de Dios. Heberto sale de la casa y se para en la puerta. Mira hacia el horizonte, con esos ojos que parecen observar el pasado glorioso en que el arte que aprendió por tradición familiar tenía un mejor lugar en la ciudad.

*–Hay que esperar a que baje el sol, para sacar el puesto de chance, con este mono así, nadie viene a jugar– , dice Heberto, el último alfarero de Mompox, con una voz atravesada por la nostalgia y el calor.*





## GLENYS, DIOSA DE UNA ESTIRPE DE HERREROS

Golpear el hierro caliente y sacar de él formas diversas suele interpretarse como una labor ruda y varonil... Nada más lejos de la realidad, por lo menos en Mompox, un lugar extraordinario, cuna de una dinastía de herreros en la que unas manos femeninas imprimen su sello exclusivo y particular a este ancestral oficio. Así, se mantiene una tradición, y esta vez, caracoles, flores, círculos, rombos y arabescos, están hechos con manos de mujer.

## Glenys, diosa de una estirpe de herreros

### La hija de Hefesto

A Hera no le cayó en gracia que el hijo recién nacido, producto de su venganza contra Zeus por haber concebido a Atenea, la hermosa y delirante diosa de la sabiduría y la guerra, no fuera tan agraciado. Por ello, no dudó en lanzarlo fuera del Olimpo y lo dejó con una cojera de por vida. Hefesto, feo de rostro, pero con una habilidad misteriosa en las manos, capaz de fabricar las armas de guerra más letales, en las que se cuenta la armadura de Aquiles, las sandalias de Hermes o la égida de Zeus, se convirtió en el dios de la forja y de los herreros, en el protector de los artesanos.

Cuando Glenys Rocha Pupo, levanta el martillo para golpear el hierro caliente y darle la forma que quiere, es imposible no pensar en ese dios expulsado del Olimpo al nacer; el hombre rudo que vivía en la zona volcánica, capaz de aguantar los calores más atroces. Aunque el calor de Mompox no debe distar mucho del de las tierras de Hefesto y soportarlo se convierte en un acto de valentía, como la que le sobra a Glenys, quien desde muy niña decidió que iba dedicarse a la forja y, por supuesto, aguantar el calor de la fragua.

Mientras golpea el hierro fundido, ella recuerda con claridad aquellas tardes calurosas, cuando llegaba del colegio y, maravillada, veía a su abuelo fundir el hierro para convertirlo en llaves, aldabas, candados, espuelas o en herramientas para los artesanos, al igual que Hefesto en el Olimpo.

*–Tenía 9 años y lo único que quería era venir para el taller, no me importaba nada más–, dice Glenys, mientras el sudor le escurre por el rostro. –Mi abuelo nos ponía, a mis primos y a mí, a darle manivela a la fragua, y nos pagaba con centavos.*

Nada en la vida es casual y Glenys puede dar fe de ello. Desciende de una familia de herreros, la más tradicional de Mompox, que desde la época de La Colonia se han ganado la vida forjando el hierro. Los Pupo tienen en las manos la misma magia de Hefesto y muchas casas coloniales de Mompox tienen su sello; no es casual, al caminar por la Calle del Medio, toparse con una ventana elaborada por algún Pupo ni tampoco que en el barrio de los herreros la mayoría lleven la sangre que los distingue como miembros de la familia.

### Una tradición familiar

*–A mí me llaman José María Pupo Toro, trabajo la herrería antigua. Desde que tenía 13 años empecé a ver a mi papá trabajar y me ponía con inquietud a tratar de hacer lo mismo que hacía él– dice el tío de Glenys, con las manos pintadas por el hollín. Tiene los músculos marcados en los brazos. Su taller queda a algunas calles del que dirige su sobrina. Pasa los sesenta años y aún conserva la manera tradicional de forjar el hierro, es decir, sin soldadura.*

*–Todo a martillazos–, dice José María levantando con la mano derecha el martillo.*

Al igual que Glenys, José María aprendió viendo trabajar a su abuelo y luego a su padre. La primera lección de un herrero es encender la fragua, el horno en donde se funde el hierro, y José María pasaba horas enteras dándole manivela para mantenerlo a la temperatura necesaria, alrededor de 1550 grados centígrados para que, luego, se convirtiera en un candelabro o en espuelas para botas, que su padre salía a vender por las calles de Santa Cruz de Mompox.

*–Yo me ponía a hacer una argollita, haciendo estrellas para espuelas para caballos.*

En el taller vive con su padre, Esteban Pupo Gutiérrez,

que ya llega a la barrera de los cien años. Camina lento, apoyado en un bastón de hierro que le fabricó su hijo, pero aún recuerda con claridad los momentos en que salía a las calles momposinas a vender lo que había hecho en la mañana: las espuelas, las herramientas para los artesanos, los candados para las puertas.

*–Yo trabajaba desde las seis de la mañana, prendía la fragua y empezaba a hacer lo que iba a vender o lo que me habían mandado a hacer: herraduras para caballos, llaves, aldabas, y salía a eso de las dos de la tarde a ofrecerlas y luego volvía a las cinco y trabajaba otro poquito. Aquí en Mompox hay que hacerlo así, porque al medio día el sol calcina los huesos–, dice Esteban con voz delgada, casi inaudible que no se asemeja en nada a los tiempos en que inundaba las calles de la ciudad con su grito de ¡Candaados!*

Su hijo lo mira detenidamente, la piel de Esteban está golpeada por el sol y por el tiempo, tiene manchas en los brazos y en la cara, pero su memoria es de acero y recuerda cuando iba al campo a entregar las herramientas que fabricaba a los ganaderos.

*–Siempre hicimos todo de buena calidad y fuimos muy cumplidos–, dice Esteban, mientras se sienta en la silla mecedora. Su hijo lo persigue con la mirada, como cuidando cada paso, así lo hacía de niño cuando se*



sentaba para observarlo trabajar. Empieza a mecerse y tal vez por el calor de la fragua y embebido en el sopor momposino, cierra los ojos y cae en un sueño profundo.

José María se levanta de su silla y acomoda el ventilador para que su padre pueda recibir el aire. "La herrería es el arte que le hace herramientas a los demás artesanos, le hace herramientas al alfarero, al joyero, a los ganaderos, es un arte con el que me he podido defender, con eso me gano la vida", dice.

—En mi familia muchos nos hemos ganado la vida con esto, hasta mi sobrina Glenys, ¿la conoce? Lo de Glenys es una cosa extraña, gustarle la herrería que es un trabajo de hombres, de todas formas, hay hombres que les cae una chispita cuando están forjando y lloran, entonces hay hombres que no se le miden a eso, y tengo un poco de sobrinos que no se le miden a esto porque se van a quemar. Glenys ha sido una mujer con corazón de varón.

### El primer martillazo

En La Colonia, en Mompox, construían las casas altas, de una sola planta para que el aire corriera y se pudiera soportar el calor. En las fachadas, los ventanales se adornaban con rejas de hierro para que la humedad no los oxidara y era un acuerdo tácito entre sus habitantes no repetir los diseños de las rejas. Esta tradición aún se conserva y en la ciudad no hay una igual a otra. A Glenys les gusta cuando tiene que hacer una, porque explora su creatividad, se siente libre. Sobre una de las mesas del taller, hay un cuaderno y en él reposan los diseños que ha ido construyendo a lo largo de su carrera; allí hay dibujados caracoles, flores, círculos, rombos, arabescos.

—Son cosas que veo—, dice Glenys, mientras pasa las hojas del cuaderno que tienen pintadas las huellas de sus dedos y trae a su memoria el momento en que escuchó en la emisora local el anuncio de la apertura de la Escuela Taller, un lugar en donde los jóvenes momposinos podrían capacitarse en los artes y oficios tradicionales de Mompox, en los que estaban incluidos la filigrana, la alfarería, la carpintería y, por supuesto, la forja.

—Yo sabía qué era la forja pero mis abuelos le llamaban herrería. Me puse a indagar y me di cuenta de que era

la misma cosa, y dije, esta va a ser mi profesión y me decidí. La gente me decía que para entrar a la Escuela Taller uno debía tener una palanca, 'una persona que te recomiende bien porque no entra todo el mundo.

Sin pensarlo dos veces y atendiendo las pulsiones del corazón, Glenys inició el proceso para entrar a esa escuela, lo primero que hizo fue comprar una hoja de vida Minerva de color azul y diligenciarla, no cabía de la dicha cuando la llamaron para presentar la entrevista. Había subido el primer escalón, ahora debía enfrentarse al director; la herrera recuerda esa entrevista como si la escuchara, como lo hace con los vallenatos que más le gustan, y la repite de memoria.

—Glenys, pero no hay vacantes para forja— le dijo el Director—, además, ¿tú para qué quieres eso si eso es para hombres?—, sentenció, sentado detrás de su escritorio.

—A mí siempre me gustó eso porque yo nací en esto y es lo que quiero—, le dijo Glenys con una determinación de hierro.

—Pero de todos modos no hay vacantes para forja, escoge otra de las opciones— dijo, para terminar con la entrevista.

Glenys escogió alfarería, pero el destino, como en las comedias griegas, estaba escrito. Cuando llevaba un mes tratando de aprender a darle forma al barro, el director la llamó de nuevo a su oficina y le dijo: "hay para forja, pero no entras como alumna, estarás en periodo de prueba y si se sale un alumno, entras", Glenys no dudó en cambiar de oficio.

La primera vez que entró al taller de forja de la Escuela, los siete alumnos asistentes la miraron sorprendidos, en el fondo, ella sabía que todos pensaban lo mismo, una mujer iba a aprender un oficio para machos.

—Cuando llegué, el maestro, que por cierto es tío mío, Ernesto Pupo, me sentó en una silla, y me dijo "esta va a hacer el primer ejercicio de hoy", me dio una mona, que es un martillo, algunos les dicen mona de 6 libras, "te vas a quedar sentada alzándola y subiéndola todo el día". Ahí se me quedan mirando todos pero yo me quedé seria, quieta, haciendo el ejercicio. Llegó el medio día, nos fuimos para la casa volvimos a las dos de la tarde y volvió y me dio la mona y yo me senté

y la alzaba, la subía y yo pensaba ¿será que se está burlando de mí?

Al día siguiente Glenys fue la primera en llegar, rutina que repitió durante todo el curso y esta disciplina, sumada a la ayuda de un compañero de clase, llamado Alex Campo, quien le enseñó a soldar, todas las mañanas antes de que llegara el maestro, pudo avanzar en su aprendizaje.

—Lo más difícil es la soldadura, hay que tener pulso y a mí me ayudó mucho Alex en eso. Él me explicaba lo que había que hacer con eso y le fui cogiendo el tiro.

De ahí para adelante, lo demás es historia. En las calles de Mompox la obra de Glenys está en la plaza de La Concepción, en diferentes casas del centro histórico, en el Mercado Antiguo. La llaman incesantemente a hacerle pedidos de candelabros, candados. A su taller van extranjeros que quieren llevarse algún recuerdo.

Tiene dos hijos, al mayor no le gustó la forja y estudió para vigilante y la hija menor, que tiene diez años, entra poco al taller porque a su mamá le da miedo que algo le pueda pasar.

—Es peligroso, alguna chispa o algo la puede quemar.

En cambio su sobrino, Dayro de Jesús, de 15 años, se aparece diariamente después del colegio y cuando no tiene entrenamiento en el equipo de fútbol y ha encontrado en Glenys una buena maestra.

—Ella me dice qué tengo que hacer y yo lo hago. Me ha enseñado a manejar las herramientas como la pulidora y también, desde que estoy aprendiendo, he mejorado en matemáticas, porque estaba flojo—, dice Dayro, quien se prepara para recibir el legado de los Pupo.

—Él aprende rápido y le gusta y eso es lo importante—, dice Glenys.

—Ella es la Cristiano Ronaldo de la forja— dice Dayro, y mira a su tía con una sonrisa en los labios.

Al caer la tarde, Glenys apaga la fragua, guarda el martillo, cierra el cuaderno de los diseños y camina hasta su casa, en donde la esperan sus hijos. Cocina, revisa las tareas de la niña, conversa y cuando llega

la hora de descansar, tiene la satisfacción del deber cumplido.

—Acá soy la jefa del taller y allá soy la jefa del hogar. Hago de todo y soy muy responsable... Eso me lo enseñaron mis abuelos y luego mis tíos—, dice, además, tengo una responsabilidad grande en los dos lugares porque mi trabajo hace parte de una tradición. Yo vengo de la tradición de la familia Pupo, que comenzó desde los bisabuelos y no se ha acabado. Cuando yo hago una ventana colonial creo que estoy conservando toda esa tradición colonial de Mompox y el legado de mi familia. Y eso se los enseño a mis hijos, no para que aprendan forja, sino para la vida.



## **SAMUEL, CREADOR DE UNA DINASTÍA**

En Mompox existe un arte que a pesar de estos tiempos modernos se resiste a claudicar. Hilos de oro y plata en las manos de una generación de artistas se convierten magistralmente en delicadas y contorneadas figuras en filigrana, que como finos encajes dan forma a joyas únicas que han trascendido al mundo para mostrar un oficio familiar, el del orfebre... La perseverancia ha sido la clave para que este hermoso arte se proyecte en el tiempo.

## Samuel, creador de una dinastía

Samuel Ricaurte Mendoza nunca pudo sacar de su memoria la primera vez que vio a un hombre fundir oro para transformarlo en peces, flores y mariposas. Tenía once años cuando supo que su destino estaría tejido en delgados hilos de plata y oro. Esto ocurrió en el instante en que observó a su vecino, el maestro orfebre Atilano Padilla, darle el toque final a una roseta dorada. Desde aquella tarde calurosa, cada que salía de la escuela, Samuel pasaría las tardes en la puerta del taller del maestro Padilla mirándolo trabajar y aprendiendo los secretos de la filigrana.

Ahora, Samuel está en su oficina ubicada en el norte de Mompox, en la misma casa en donde se crió; en la que su madre hacía bollos y casabes para ganarse la vida. La oficina es la única habitación con aire acondicionado. Está sentado detrás del escritorio, en la silla de gerente, que hace las veces de trono. En el lugar, hay una cantidad de papeles, una báscula electrónica pequeña, con la que calcula el gramaje para hacer las aleaciones de la plata con la que trabaja. Entre los papeles, hay un libro que no duda en mostrarme y me explica que allí aparecen los artesanos más destacados de Colombia. En sus páginas, hay una foto suya en la que está con menos peso del que debe tener ahora. En sus dedos luce un par de anillos

de plata y su cuello está acordonado por una gruesa cadena, también de plata, que él mismo elaboró.

La orfebrería en Mompox es un oficio familiar, un legado que viaja de generación en generación pero difícilmente cambia de genes. Es casi imposible aprender el arte de la filigrana si tus abuelos, tus tíos o tus padres no son orfebres. Para Samuel eso no fue impedimento. Su padre fue comerciante y su madre una cocinera experta en fritos.

**Samuel nunca quiso meterse a la cocina ni seguir los pasos de su padre, decidió que sería orfebre y se especializaría en hacer mariposas.**

Por eso, cuando Atilano Padilla se dio cuenta de que aquel niño que lo miraba incansablemente tenía una paciencia de hierro, como según él debían tener los buenos artesanos, decidió emplearlo en su taller, sin importar que no llevara en las venas la sangre de ninguna de las familias, que desde La Colonia, se han dedicado al arte de fabricar joyas en Mompox.

“Yo siempre he sido acucioso de la vaina y aprendí muchas cosas de él, porque cuando los otros trabajadores se iban, yo me quedaba ayudándole,

incluso, haciéndole mandados”, dice Samuel, mientras gira en la silla para buscar la caja fuerte que está a su lado izquierdo. Del interior saca una bolsa de paño rojo, luego mete la mano y saca una medalla de oro, diseñada con un tejido embera, que lo distingue como uno de los orfebres más importantes del país. Se la cuelga y me explica que se la dieron cuando salió el libro; fue una selección de los artesanos más destacados de Colombia y la ceremonia se realizó en la Casa de Nariño. Fue el presidente Santos quien se la colgó al cuello. Es uno de los tesoros que tiene en aquella caja fuerte, que cuida con recelo y es lo único que muestra.

Lo primero que debe aprender un orfebre es a sacar el hilo de una placa de plata fundida. La máquina se llama laminador, es un rodillo por el que se pasa una y otra vez la placa para darle el grosor que necesita el hilo para luego tejer la pieza.

Es una operación que puede durar hasta cuatro horas y hay que hacerla continuamente, sin parar, sin importar el sol o la temperatura que esté haciendo.

Esa fue la primera tarea que tuvo Samuel en el taller de Atilano, sacar hilos de plata o de oro para que los orfebres pudieran fabricar las piezas ordenadas por el maestro Atilano. Samuel fue uno de los alumnos más aventajados, al poco tiempo, estaba fabricando

bolas troqueladas y lisas en el laminador con la que se fabricaban collares de cien de estas bolas que eran apetecidos por los indígenas wayuu.

“Se hacían en una cantidad exagerada y a puro pulso”, recuerda Samuel, que poco se mueve de su escritorio. Tiene 25 empleados, entre hombres y mujeres, la mayoría son familiares suyos, hijos, primos, cuñados, a los que se dedicó a enseñar el arte de la filigrana, con los que inició la tradición orfebre en su familia.

El aire acondicionado mantiene una temperatura soportable en la oficina de Samuel, afuera, sus empleados han instalado un termómetro para medirla constantemente y repiten en voz alta cada que alguien lo revisa. “Estamos a 37”, dice uno de los orfebres “ hoy va a calentá”, responde otro, luego se abre la puerta de la oficina y el calor entra como una bofetada, es como si los 37 grados centígrados anunciados por el orfebre atravesaran, como un cuchillo caliente, el círculo polar que es la oficina de Samuel.

¿Quieren jugo de corozo?, dice el hombre que acaba de entrar a la oficina, se llama Heberto Canedo y trae dos vasos de cristal en las manos, con el elixir rojo que nos refrescará las entrañas.

“Heber es el segundo del taller, el que me reemplaza cuando me voy, por ejemplo, a Expoartesánias”



Heberto es el cuñado de Samuel y fue el primero en aprender su legado. Después de que muriera la madre de Heberto, su hermana Cecilia Canedo se hizo cargo de él, así que cuando Samuel se casó con Cecilia, decidió criar a Heberto, que apenas tenía tres años. “Yo le digo papá”, dice Heberto una y otra vez, para confirmar la historia. Del matrimonio Ricaurte Canedo nacieron cuatro hijos, tres varones y una hembra, “todos ya son profesionales”, dice Samuel, y a todos los saqué adelante con la joyería”.

Después de graduarse del colegio, Samuel vivió en Barranquilla, mientras intentaba estudiar Ingeniería Química en la Universidad del Atlántico; eran los años 70 y las revoluciones en América Latina, especialmente en las universidades, se convirtieron en el escenario propicio para la discusión política. Pero Samuel seguía tejiendo su destino y la política ni la revolución le interesaron, así que se empleó con un paisano en la capital del Atlántico y en el tiempo que le quedaba libre lo dedicó a trabajar en el taller.

“Veía un semestre por año, por las protestas y los paros, así que me dediqué a trabajar. Duré tres años tratando de ver clases, pero me aburrí y me devolví, además, Cecilia estaba embarazada de nuestro primer hijo”.

Heberto pone los jugos sobre el escritorio y sale de la oficina. Samuel se bebe el suyo de un solo trago. Heberto aprendió el arte de la filigrana desde los once años y Samuel fue su maestro, es el primero de la familia en seguir los pasos del joyero. Nunca quiso irse de Mompox ni tampoco ir a la universidad, decidió, como lo hizo su padre, que sería orfebre.

“Él ha sido un buen maestro, además, le gusta enseñar porque explica y no es como los orfebres antiguos que se llevaron los secretos a la tumba”, dice Heberto y por la memoria se le atraviesan los recuerdos de cuando su padre se lo llevaba a recorrer la costa Atlántica para ofrecer la mercancía; de cuando pasaba horas mirándolo trabajar o cuando Samuel le hacía fundir de nuevo la pieza que había hecho porque tenía errores y tenía que volver a elaborar.

Samuel tiene claro que una de las características de un maestro artesano es la enseñanza. “Antes, los viejos se llevaban los secretos a la tumba y uno solo podía mirar; casi que a uno le tocaba aprender solo”, dice, “pero a mí me ha gustado enseñar y lo he hecho ya no

sé con cuántos, hay varios que han salido de este taller a montar su empresa y eso me hace feliz”.

Mompox fue declarado Patrimonio de la Humanidad en 1995 y antes de que llegara la declaratoria de la Unesco, Samuel ya tenía una vitrina en donde exponía sus joyas. “La gente estaba descreída, y me decía que eso no iba a dar, pero yo no hice caso. Fui el primero que puso una vitrina en Mompox y mira, hoy todos tienen una”, dice Samuel.

Su perseverancia lo ha llevado a sostener a su familia. A su taller llegan turistas de todo el mundo para ver su vitrina, que ya es una joyería; sus trabajos lo han lucido presentadoras de noticias, reinas, actrices. “Uno nunca piensa que eso va a ocurrir, pero creo que el secreto de esto está en el trabajo, en el cumplimiento y en no ser egoísta con el conocimiento y también en capacitarse”, dice Samuel.

Hoy, su empresa funciona con 25 empleados y una joyería en su casa, la misma en donde puso por primera vez una vitrina. Tiene contratos con joyerías de Cartagena, Barranquilla y Bogotá; tiene clientes extranjeros y exporta sus piezas a Europa y Estados Unidos. Samuel tiene claro que rompió la tradición de las familias joyeras y ha empezado una nueva, le enseñó a sus hijos, aunque no vivan de la orfebrería. Asegura que sus nietos, en las vacaciones, no salen del taller.

“No me importa no tener la sangre, ser de una familia tradicional... Lo importante es tener las ganas”, dice Samuel, mientras se quita la medalla que lo identifica como uno de los artesanos más importantes del país y la guarda en la caja fuerte, se levanta de su trono y sale al patio en donde están sus empleados, revisa el trabajo y vuelve a encerrarse en su oficina. Siempre con una sonrisa en los labios. Sabe que es el jérfarca de una dinastía, la que él ha creado.





## LA FAMILIA DEL BARNIZ

La concentración es una virtud y el silencio es cómplice para que la destreza permita ver estrellas, soles, cielos, rombos y arcoíris. Pasto, capital nariñense y "Ciudad sorpresa de Colombia" tiene el privilegio de poseer como suya, una técnica ancestral conocida como Mopa Mopa o resina vegetal que, una vez preparada y coloreada, permite decorar objetos de madera. Allí también una familia insiste en mantener esta tradición como su mayor legado.

## La familia del barniz

Gilberto Granja acaricia el pequeño baúl de madera como si fuera un gato. Tiene unas manos grandes y fuertes, y, no obstante, y tal vez por el efecto del cotidiano contacto con las suavidades del material con el que trabaja, sugieren cierta sensibilidad.

Gilberto lleva más de cincuenta años trabajando el Mopa Mopa o barniz de Pasto, una técnica ancestral heredada de los indígenas. Con el trabajo artesanal pagó la educación de sus hijos, levantó la casa en la que vive y tiene el taller. Aún se despierta muy temprano, en la mañana, como en los tiempos en que era un aprendiz en el taller de Rosa Mejía, y empezaba a conocer la técnica. Se baña con agua caliente y prepara un vaso de café, mientras espera la llegada de su hijo mayor, Óscar, con quien hace cinco años comparte el taller. Pero no siempre fue así, dos décadas antes, el taller Granja contaba con seis o nueve obreros que se distribuían el trabajo. Gilberto era el comandante de un ejército de aprendices del barniz y el trabajo no daba abasto. Sus hijos, en las vacaciones o después de llegar del colegio, debían lijar las piezas de madera o tinturar el material. En casa no había nadie sin hacer nada, dice Gilberto, con la voz pausada.

El Mopa Mopa es el nombre que los indígenas le dieron a la resina vegetal, que una vez preparada y coloreada, se utiliza en la decoración de objetos de madera. La resina es producida por un arbusto que lleva el mismo nombre que crece silvestre en la región del piedemonte amazónico entre el Caquetá, Putumayo y Sucumbíos. Se cree que los indígenas usaban esta resina como permeabilizante o como adhesivo para pegar plumas a los penachos ceremoniales, en la elaboración de elementos de cacería para sujetar puntas de flechas, en la construcción de cerbatanas o tabaqueras y como ofrenda en las ceremonias religiosas.

Gilberto se sienta en una butaca de patas cortas, es más cómodo para trabajar, dice, se pone un dulce abrigo sobre las piernas y encima pone el baúl. El taller es pequeño y está lleno de objetos de madera, bargueños con cajones secretos, platos, servilleteros —algunos ya han sido decorados— con figuras que vienen de la inspiración de los dos artesanos y otros que han sido por encargo. Óscar se sienta en frente de su padre, en una butaca similar, con otro baúl de madera y empiezan a trabajar en silencio.

La concentración es vital, dice Óscar, algún descuido puede provocar que tengamos que repetir todo el trabajo, por eso, solo a veces prendemos la radio para escuchar las noticias; a veces nos pasamos el día sin

conversar, pero para nosotros es suficiente el silencio, sabemos comunicarnos así.

Óscar estudió arquitectura en la Universidad Nacional, en Bogotá; su padre, aún recuerda aquella mañana en que se despidieron y sintió que alguna parte del alma se le quedaba enredada en la capital del país. Yo le di mi bendición, y le dije que se portara bien y él me prometió que solo iba a estudiar, que viajaba a Bogotá para hacerse arquitecto. Me devolví con el corazón en la mano, dice Gilberto con la voz entrecortada, como si viviera nuevamente aquel instante.

En aquella época, en Pasto, no había nada, no había muchas alternativas, dice Óscar. Igual, los hijos tienen que hacer su camino y yo debía ayudarlo a él a que lo hiciera y él escogió irse a Bogotá. Lo que me tranquilizaba es que Óscar sabía la técnica, entonces con eso podía ganarse la vida, en caso tal de que yo no pudiera responder, pero gracias a Dios eso nunca pasó.

Ambos miran fijamente la pieza que están barnizando.

**Con un bisturí, cortan la membrana tinturada y de ellas nace el Volcán Galeras, estrellas, soles, cielos, rombos, arcoíris, como si fueran magos; la madera se cubre de colores y las formas crean una especie de felicidad. Óscar y Gilberto sonríen cuando saben**

**que lo que crean, se acerca a la perfección.**

El barniz de Pasto recibe este nombre porque solamente se hace en la capital nariñense; no hay otro lugar en el mundo en donde se realice esta práctica. Entre los años ochenta y noventa, según un censo realizado por las alcaldías de la época, existían alrededor de 30 talleres, pero los maestros que han sido celosos con la técnica, se llevaron los secretos a la tumba y no transmitieron el conocimiento. Hoy, según Gilberto, si quedan cinco talleres es mucho y esa fue una de las principales razones que tuvo Óscar para regresar al lugar donde pertenecía.

Yo, al principio, venía los dos periodos de vacaciones de la universidad, en junio y en diciembre, pero luego de dos años solo empecé a venir a Carnavales y nunca me metía al taller; en esa época solo venía a emborracharme y me iba, dice Óscar. Ya había terminado mi carrera y tenía mi empresa de arquitectura y no me iba mal... El viejo iba cada año a Expoartesanías y yo pasaba a ayudarlo.

El primer llamado de atención ocurrió una vez que yo estaba allí y mi papá había vendido todo, entonces, llegaron los organizadores enojados porque el stand estaba vacío y él les decía, es que mire, no alcancé a hacer más. Óscar detiene el relato para mirar a su padre, un poco buscando la aprobación de la historia,



pero Gilberto está concentrado en las figuras que traza con el bisturí.

La segunda alarma y la definitiva para saber que tenía que volver, fue en Expoartesanías también. Una señora le preguntó a mi papá si le había enseñado la técnica a alguien y él le dijo que a los hijos pero que ninguno se dedicaba a esto. La señora me dijo: entonces cuando él se muera, ¿qué va a pasar con el conocimiento?... Sentí que debía desandar los pasos hasta Pasto y volver al taller.

De niños, Gilberto ocupaba a sus hijos a veces lijando o tinturando; luego les dio la confianza para que hicieran las primeras piezas y cuando se dio cuenta, sus hijos tenían una cantidad considerable platos y otros artículos, así que decidió hacer una exposición. Le dije a mi esposa la idea y conseguimos el salón, invitamos la gente, dimos el discurso y los niños vendieron todo lo que habíamos llevado, especialmente a uno gringos que nos pagaron en dólares, y yo nunca había visto dólares. Cuando llegamos a la casa, el mayor se puso a llorar porque quería devuelta sus platos. Luego en la mesa, mientras comíamos, les expliqué que era lo que pasaba y les repartí el dinero en partes iguales, cuenta Gilberto, mientras pasa una a una las fotos de aquella exposición, que guarda en un pequeño álbum como uno de sus tesoros más valiosos.

El proceso para la elaboración del Barniz de Pasto sigue el método ancestral con algunos cambios que no afectan de manera significativa su esencia.

El paso inicial en la elaboración del barniz consiste en desmenuzar el vegetal, que debido a que se parece a una goma, al taller de los Granja llega compactada, en costales, y sobre un yunque o una piedra se golpea con una maceta para extraerle las hojas o las piedras que pueda traer. Luego se sumerge en agua hirviendo, unos 15 minutos hasta que adquiere elasticidad. En seguida de la cocción, el artesano se humedece las manos y retira del agua hirviendo la resina y la lleva nuevamente al yunque para golpearla de nuevo hasta que la membrana adelgace.

A continuación se sumerge en agua para ser lavada con un cepillo duro. Finalmente se sumerge en agua para que hierva de nuevo y se estira para extraerle las impurezas. Este es un proceso que se hace repetidas veces, hasta dejarla limpia y poder así teñirla con los

colores que necesiten para el trabajo. Las tinturas son especiales y los Granja las importan desde Brasil.

Los artesanos, valiéndose de las manos y la boca, y cada uno tomando la membrana desde un extremo diferente, la estiran como si fuera una goma. Desde hace cinco años, Gilberto y Óscar se miran a los ojos mientras estiran el Mopa Mopa procesado para ponerlo a punto para trabajar. Tienen los mismos ojos y las manos parecidas y, tal vez, mientras estiran el material, piensan en todo lo que ha pasado y estar ahí seguramente, les parece una buena jugada del destino.

*—Yo no quería que él se devolviera, se lo pregunté muchas veces, si iba a dejar lo que tenía allá, por venirse a meter al taller, le dije que el oficio del artesano era muy duro, pero él no me hizo caso—, dice Gilberto.*

*—Lo que más se me complicó, al volver, fue cogerle el tiro a la cocción del Mopa Mopa porque si uno se pasa de punto, el material se pierde, pero lo demás fue como montar en bicicleta, nunca se olvida—, dice Óscar. Lo primero que hice cuando volví fue decirle al maestro que abriera las puertas del taller, que nada de guardar secretos y, desde entonces, recibimos visitas de colegios, de turistas y ven lo que hacemos; además, tenemos una página en internet, tenemos Facebook y eso nos ha ayudado mucho.*

Es bonito estar aquí con él, dice Gilberto, volverlo a tener aquí, porque además de que él está manejando las finanzas, nos hacemos compañía. Yo siento que ya he cumplido, y mi sueño era que una pieza mía estuviera en un museo y en estos momentos hay una pieza mía, un bargueño en el Museo Colonial en Bogotá, y eso me hace sumamente feliz.



## EL HOMBRE QUE TALLA IMÁGENES SOBRE EL ÁRBOL DE LA VIDA

El Amazonas colombiano es el escenario mágico en donde las manos de un crean rostros y formas diversas mediante la talla en madera. Figuras que 'cobran vida' y se presentan con un sello único e inconfundible de un artesano y creador que diseña lo que ve, lo que siente, lo que sueña... Porque definitivamente "las pulsiones del corazón son las que mueven el universo"



## El hombre que talla imágenes sobre el árbol de la vida

La primera vez que James Marín Torres tomó yagé tenía nueve años. En la cultura huitoto, es un ritual que se practica para purificar el alma y James, sintió que necesitaba hacerlo con la suya, cuando cumplió esta edad. En ese primer viaje vio una batalla entre tribus indígenas ancestrales, vio rostros ensangrentados, furiosos, cuerpos heridos, hombres tendidos en el piso, atravesados por lanzas y flechas. "Todo era real", dice James, "ha sido inolvidable. Éramos nosotros mismos, eran mis abuelos, mi madre, gente que tenía mi sangre".

James nació en el Amazonas peruano, en Iquitos, la tierra de su padre, pastor cristiano. Pero desde muy niño viajó a Leticia, en el Amazonas colombiano, la tierra de su madre, indígena huitoto, que por más amor que le tuvo al pastor, nunca pudo desprenderse de su lugar natal ni de sus creencias.

James se crió entre el río y la selva y aprendió a nadar como el pirarucú, el pez más grande del Amazonas. Con sus manos talla los rostros que ve pasar por el muelle de Leticia, a donde llegan indígenas brasileños, colombianos y peruanos para intercambiar productos, especialmente los sábados.

Desde niño, se interesó por recoger las semillas que se encuentran en la selva y con ellas hacía collares y manillas que vendía a los turistas que llegaban a Leticia. "Las pulsiones del corazón son las que mueven al universo", dice. Cuando era pequeño, su abuelo se adentraba en la selva con él y otros niños de la comunidad huitoto para enseñarles el amor y las funciones de la naturaleza. Se adentraban en la selva caminando entre árboles y animales, sintiendo la humedad del piso, nadando en el río. James fue el elegido, el que siguió los pasos del abuelo para convertirse en artesano, en creador; su abuelo vio en él la habilidad que tenía en las manos y lo inició en el camino de convertirse en artesano.

James ha sido consecuente con el destino y desde muy temprano, en su casa en Leticia, que él mismo edificó, le da forma a troncos de madera con un machete que mantiene afilado. Antes del amanecer, se sienta en su chagra y crea lo que lleva días viendo en el muelle, lo que le encargan, lo que siente, lo que sueña. Milena, su esposa ticuna, lo mira con una tierna sonrisa en los labios, como comprobando cada mañana que tomó la decisión correcta al unirse con un huitoto.

*—A mí todo el mundo me hablaba de James y un día*

*me lo presentaron en las fiestas del 20 de julio, aquí en Leticia, pero yo no le paré bolas.*

*—A mí me había hablado de ella su primo, dice James, con quien yo prestaba servicio militar. Me hice amigo de él mientras lo protegía; al principio él era medio lento, pero yo lo defendí un par de veces, así que me empezó a decir que tenía que conocer a su prima. Cuando salimos del ejército, pasó mucho tiempo antes de que cumpliera su promesa.*

*—Yo soy ticuna —dice Milena—, y a nosotros antes nos prohibían casarnos con alguien de otra etnia. Además, siempre nos decían que los huitoto comían gente, pero yo nunca vi eso. Ahora todo ha cambiado. Cuando me vine a estudiar a Leticia, me di cuenta de que todos se casaban con todos, sin importar eso de conservar la raza.*

*—Lo importante es el amor —dice James—, y con ella nos hemos entendido bien. Hace un tiempo la gente nos preguntaba que si nosotros éramos hermanos, porque nos parecíamos físicamente, y yo les decía que sí. Un día, hace como dos años, le dije que nos hiciéramos el mismo corte de cabello. No era solo para comprobar que nos parecíamos físicamente sino para corroborar que somos almas gemelas, así que andábamos por la calle cogidos de la mano y la gente nos miraba raro. Quedamos idénticos.*

*—Él siempre tiene esas locuras y eso me gusta mucho de él. Además de su ternura, James es muy detallista y buen padre, no tengo queja... y a lo del corte de cabello, pues por supuesto que de una le dije que sí.*

James escruta todo con la mirada, como si tratara de encontrar el alma de las cosas que observa. Es inquieto, cree que nada es imposible para quien usa la imaginación y le pone el corazón a lo que hace. Antes de dedicarse a las artesanías, por mucho tiempo se ganó la vida como guía turístico del lujoso hotel ubicado a unos 20 kilómetros de Leticia, navegando por el Amazonas.

En ese oficio conoció a gente de todo el mundo, aprendió inglés y portugués, se volvió experto en geografía y ahondó en los conocimientos ancestrales de su cultura. A sus relatos solía imprimirles un tono de autenticidad que enamoraba a los visitantes que lo contrataban para que los acompañara por más tiempo del que le habían programado en el hotel.

Pero esa inquietud latente de saber de dónde venían las cosas y las imágenes que se revolvían en su mente lo llevó a renunciar para dedicarse de tiempo completo a la talla de madera. En su casa cuelgan máscaras con semblantes de indígenas y cristos. Lleva días trabajando en el rostro de un Jesús con plumas en la cabeza que vio en su última toma de yagé.



En su chagra, le va dando forma: los ojos cerrados, la nariz, la barba; y de alguna manera, ese rostro en la imaginación de James se va convirtiendo en realidad. En cierto momento, indudablemente, respirará.

La curiosidad ha llevado a James a lugares insospechados. Cuando salió del Ejército, repartió el dinero que le dieron entre su mamá y un viaje a la Amazonía ecuatoriana en busca de los indígenas shuar, los jíbaros, quienes en la época de la Conquista se ganaron la fama de asesinar a sus enemigos reduciéndoles la cabeza.

*–No los encontré –dice–, pero fue un viaje de más de seis meses que me cambió la vida.*

Ayahuasca, yagé, rapé, coca, fuego; el tiempo no existe, el dolor tampoco. Nacimos del agua. Cuando cortaron el árbol, todo se inundó, de allí venimos, del árbol de la vida.

James extiende las manos, cierra los ojos y mira. Nace un hombre, es gigante, no abre los ojos al mundo, pero observa el mundo; nace de las mismas manos que crean, que empuñan el machete, que aman. Las mismas manos que se gestaron en el vientre de la madre indígena que se unió al pastor cristiano, las mismas manos que quieren sanar. Todo es silencio menos el tambor, la voz que guía los espíritus, que traza el camino, que calma las pulsiones, que aviva el corazón. El artesano sonríe, Jesús nace de sus manos y pronto cobrará vida en la madera.

*–Un día nos encontramos en una calle. Él llevaba unos rostros de Cristo que había tallado y me preguntó qué para dónde iba. Le dije que a llevarle un mercado a mi mamá.*

*–Le pregunté que si podía acompañarla y ella me dijo que sí, luego la invité a tomar algo.*

*–James me dijo que una cerveza y terminamos tomando como doce.*

*–De ahí ya empezamos a vernos a cada rato y ya tenemos dos hijos, el mayor que ya tenía Milena y que ayudé a criar y el segundo que sí es de los dos.*

*–James es muy responsable, por eso le propuse que se saliera de trabajar del hotel; además, porque se*

*ausentaba mucho de la casa y eso no me parecía tan bueno.*

*–Le di la razón a Milena, por eso, cuando conversamos sobre la renuncia del hotel, lo tomé en serio. Además, porque mis ausencias prolongadas nos estaban causando problemas, así que lo hablamos y de una me vine a tallar madera, que es lo que más me gusta.*

*–Él tiene un talento especial, por eso le propuse que alquiláramos un local para vender lo que él hace y pudiéramos vivir de eso y de mi trabajo en el Museo de Ciencias, soy guía allá.*

*–Yo hago las máscaras y ella les pone precio.*

*–La gente se queda sorprendida con lo que él hace y las compran. Además, ninguna máscara es repetida, todas son únicas y exclusivas.*

*–Yo solo tallo lo que veo, ese es el secreto de la exclusividad.*

Rojo, azul, amarillo, blanco. Una cascada de luz, un remolino, una tormenta. Olor a madera húmeda, a tierra mojada. Una flor, el río mar. Delfines rosados. Un grito que se pierde en la selva, se lo lleva el viento. El rugido del jaguar, canto de loros, un corazón latiendo despacio, sin sobresaltos. El sabor amargo que baja por la garganta, el sonido del tambor, un hombre que canta en voz baja, abre caminos, espíritus que vuelan. Raíces gigantes de un árbol tan antiguo como el mundo. Palo sangre, azaí, chambiras, cascabel, semillas de vida, capinurí. Ticuna, huitoto, yaguay; pirarucú, anaconda, rana, selva. Manos que crean, que dan vida, que sanan, que salvan, que empuñan el machete, que aman. La ceiba extendiendo sus ramas ancestrales para dar sombra, para proteger. El árbol de la vida.

James bautizó su obra "Rostros en meditación". "No le hago ojos a las máscaras, solo un corte", reflexiona, "como si tuvieran los ojos cerrados, como si estuvieran en un trance, buscándose internamente, meditando, esa es mi marca". El Cristo emplumado que está por terminar se quedará sin abrir los ojos. "Así lo vi en la toma, naciendo de mis manos y así terminaré de tallarlo".

James encontró el tronco que se convertirá en rostro

de Cristo cerca de donde enterraron a su padastro, a unos kilómetros de la comunidad de su madre. "Empecé a desenterrarlo, era como de unos cinco metros; un anciano me dijo que era de un árbol muy viejo, que debería tener unos cuarenta años. Eso pasó hace unos cuatro años y aún lo conservo, solo lo uso para hacer cosas especiales".

James tiene una voz paciente, habla con la tranquilidad de quien se ha criado en medio del silencio.

Para conseguir la materia prima para sus trabajos, los artesanos en el Amazonas piden permiso a la madre naturaleza. "Yo lo llamo consagración", dice James. En la comunidad en la que vive su madre, los artesanos reforestan y siembran balso, nunca se llevan más de lo que necesitan y siempre dejan algo a cambio.

"Yo llevo mambe o tabaco si tengo, dice James. Lo pongo en las raíces, le digo que esto va a ser para un fin común, que no es a título personal y prometo que las ganancias las voy a compartir con mi comunidad. Los artesanos intentan no cortar los árboles, la selva los premia dejándoles el material que necesitan en el camino. Aquí hay muchas materias primas que han caído, como el palo sangre, y solo toca ir a recogerlos, entonces la ceremonia es más breve, es hablar con el bosque, que no nos haga daño el uso de esas maderas, porque si uno no lo pide, puede causar enfermedad. Siempre hay que hacer esas oraciones. Es el contacto del hombre con la naturaleza".

La imaginación del artesano es inagotable. Es como si tuviera una infinidad de figuras tatuadas en la mente y sus manos trabajan sin descanso hasta darle la forma que quiere a un tronco.

*–Desde que me levanto ya tengo proyectado lo que voy a hacer. Entonces empiezo a utilizar los siete sentidos oído, tacto, gusto, olfato, vista, corazón y mente. De los dos últimos no nos damos cuenta que existen, pero están ahí, ellos son los que más trabajan.*

*–Él es como el pica palo, el pajarito: desde las seis de la mañana está dándole. Pero a veces me saca la piedra cuando tiene pedido y se pone a hacer otra cosa. Hace un pedazo de esta máscara y luego de la otra –dice Milena mientras mira trabajar a su esposo. James levanta la mirada y sonríe–. Un huitoto y una ticuna –repite Milena, como para sus adentros y sonríe.*

El artesano no la escucha, se concentra en las formas de ese rostro, en buscar la simetría. La imaginación de James es tan caudalosa como el río Amazonas y su curiosidad por el mundo es inagotable. Camina con paciencia, esa que debe tener el artesano para convertirse en maestro. Su brazo tampoco se cansa de empuñar el machete o el formón para romper la madera. Su fuerza está en el pecho y no cesa de repetirlo: "De donde viene el amor", dice, mirando de soslayo a Milena.

El tronco del árbol de la vida toma cada vez más la forma del Cristo emplumado. Pronto respirará.



## EL BARBERO DE LA HOLANDESA

Cortar el pelo y la barba a otros hombres es un arte que se hereda y solo se aprende cuando el maestro transmite su destreza con verdadera pasión y el alumno está dispuesto a nutrirse con la sapiencia, pero también con el amor y la delicadeza de unas manos, que a pesar de su rudeza, han sabido descubrir la bondad de un oficio que como el del barbero se distingue por su precisión, por la amabilidad y por poseer el don de gente.

## El barbero de la holandesa

Escucho el latido de la sangre golpeando contra la yugular. Tengo el cuello estirado y solo veo las luces en el techo. Cierro los ojos. Unas manos suaves aterrizan en mi garganta. Mi pulso se acelera. Es como si la vena tratara de estallar el cuello. Siento las manos deslizarse por mi nuca y luego tocar mi cara, humedecida con una toalla, un momento antes por el hombre que está a mi espalda. Abro los ojos y veo de nuevo las luces, es lo único que observo. Estoy sentado en una silla y me aferro a sus brazos, con una fuerza que creo nunca he tenido. Escucho voces.

El hombre que está a mi espalda sonrío, habla con otras personas, no conmigo, es como si yo no existiera. Su mano es grande, no es una mano joven, la levanta con vehemencia y la luz del techo se refleja en la navaja que tiene en su mano levantada. Cierro los ojos, como si no quisiera volver a abrirlos y veo cómo mi madre me lleva agarrado de la mano por las calles de nuestro barrio en Cali. Me resisto a caminar y ella, que siempre tuvo más fuerza que yo, me hace seguir sus pasos. Debo tener unos 12 años y el pelo un poco largo, pero en el colegio franciscano en el que estudié, lo exigían al ras “y nada de cortes raros”, solía decir el padre rector y el coordinador de disciplina.

Mi madre casi que me arrastra y no puedo evitar caminar a su ritmo, que me parece demencial. Lleva a un hombre al cadalso, a un niño hacia la tortura. Eso deben sentir los condenados a muerte, un vacío en el estómago, una sensación extraña de impotencia en donde todo se resume con la palabra inevitable.

Mi madre me tira de un empujón al interior de la peluquería de Ancisar, tipo gordo, bonachón, que aprendió el oficio de su padre, el arte de cortarles el pelo de la cabeza y de la cara a otros hombres. Siempre que llegué allí me sentí inseguro, no solamente por la mirada inquisidora que tenía mi madre y que podía ver a través del espejo del puesto de trabajo del peluquero sino porque, además, sentía la mutilación de una parte de mi cuerpo, y luego, por muchos días, me parecía que aún tenía el cabello largo.

Me sucedía lo mismo que aquellos a los que les han amputado una extremidad y de repente sienten un dolor intenso en el brazo o en la pierna que ya no poseen. Después de salir de la peluquería de Ancisar, empezaba siempre a extrañar mi cabello perdido.

Siento la mano delicada del hombre en mi garganta, como si él me estuviera midiendo el pulso. Escucho los latidos del corazón, tan cerca de mis oídos como si tuviera puestos unos audífonos. De repente, siento el metal frío de la navaja en mi garganta y siento cómo

esta empieza a deslizarse por mi rostro una y otra vez.

El hombre que está a mi espalda, se acerca y me habla muy cerca del oído. “¿La quiere recta o redonda?”. Guardo silencio, es como si el tipo supiera que tengo los nervios de punta y hace una pausa, tal vez para que me tranquilice y mi corazón deje de bombear tanta sangre.

De niño, después de adolescente y luego de adulto, cortarme el pelo siempre se me hizo una decisión muy compleja, no solo por la aversión que no sé por qué desarrollé a las peluquerías sino porque nunca me sentí bien con lo que los estilistas hacían con mi cabeza.

Nunca supe qué responder a la pregunta “¿cómo quiere el corte?”, pues mi visita a estos lugares no era recurrente. El silencio se prolongó unos instantes más y no precisamente porque estuviera meditando sobre el corte de mi barba sino porque estaba estupefacto y ni siquiera podía hablar; luego, y tal vez con un murmullo, respondí: “recta”, tuve que repetir mi respuesta un par de veces, porque el barbero no me escuchó.

El hombre se concentra en quitar el pelo que debe sobrar para convertir mi barba en una figura recta. Siento sus manos estirar la piel de mi cara y pasar la navaja de afeitar una y otra vez por mis pómulos y cada vez que lo hace, una corriente fría recorre mis

piernas. En el espejo del tocador que tengo al frente, hay una placa con el nombre de Pedro Cristancho. Así se llama el tipo que tiene unas manos de seda y que lleva más de cincuenta años arreglándole la barba y cortando el pelo de otros hombres.

Mientras me rasura, me cuenta que antes de ser barbero aprendió a tocar el tiple y la guitarra, porque su padre era músico y que un tío le enseñó a cortar la barba. Una de las características de un buen barbero, dice don Pedro, como lo llaman sus compañeros de la Peluquería Holandesa, “es que uno se vuelve como un amigo de la gente. Los clientes vienen aquí y hablan de todo, de sus deudas, de sus mujeres, de su trabajo y uno los escucha y a veces hasta los aconseja. Hay clientes que llevan años conmigo y yo me les sé toda la vida”.

La Peluquería Holandesa está ubicada al respaldo del Parque Santander en el centro de Bogotá; lleva algo más de 65 años funcionando y, hoy, es la más antigua de la ciudad. Tiene unos 25 operarios entre barberos, manicuristas, peluqueros y abre las puertas desde las seis de la mañana; los clientes de las oficinas públicas gubernamentales y distritales, de los bancos y de muchas oficinas del centro, llegan para arreglarse el cabello o las uñas. Hacia las nueve de la mañana, hora en que generalmente llega don Pedro, la clientela pasa a ser masculina, hasta las horas de la noche.



Don Pedro lleva trabajando en la Holandesa seis años, pero ha recorrido muchas otras, inclusive, algunas que ya no existen, como La Colonial, que era la más antigua y cerró hace poco tiempo.

—Mi primer trabajo dice Pedro, mientras sigue pasando la navaja por mi rostro, fue cuando me fui para el ejército, en Armenia; un capitán preguntó que quién tenía idea de cortar pelo y yo levanté la mano. Mis primeros clientes fueron 800 hombres.

Pedro tiene más de setenta años, habla bajito y aún se viste como si fuera un barbero de los años setenta, usa corbata y encima se pone un sobretodo azul para evitar que los pelos se adhieran a su camisa, usa tenis y pantalón de dril. Tiene un pulso impresionante, no tiembla ni un instante a la hora de pasar la navaja por mi garganta y eso me tranquiliza un poco.

**Cuando salió del ejército, no encontró ninguna opción de trabajo, así que se dedicó de lleno al oficio de la barbería, aunque en los años setenta, cuando estaban de moda los hippies, muchos negocios tuvieron que cerrar porque la gente no se cortaba el**

**pelo y Pedro tuvo que emplearse como ayudante en una zapatería.**

—Eso duró como tres años, pero luego se normalizó. De hecho, ahora está muy bien el negocio, porque a los hombres hoy les gusta llevar el pelo corto y la barba muy bien arreglada.

Con este oficio sacó adelante a su familia y, aunque no lo enseña, tiene claro que es algo que no está en riesgo de desaparecer. —Este es un oficio muy bonito, porque uno ve la cara del cliente cuando se miran al espejo y es de satisfacción, porque se ven bien y eso lo hace sentir bien a uno o si no mírese cómo quedó— dice, con una sonrisa en los labios.

Me levanto de la silla y me miro al espejo; mi barba tiene dos líneas perfectamente rectas y en el cuello está bien delineada. Don Pedro es un mago. He encontrado unas manos a las que no le temo, a las que puedo poner mi cabeza y mi barba y de las que sé, podré salir ileso. Creo que me siento feliz porque he superado un miedo. Tal vez, esto es lo que se siente, cuando encuentra un lugar en el mundo.



